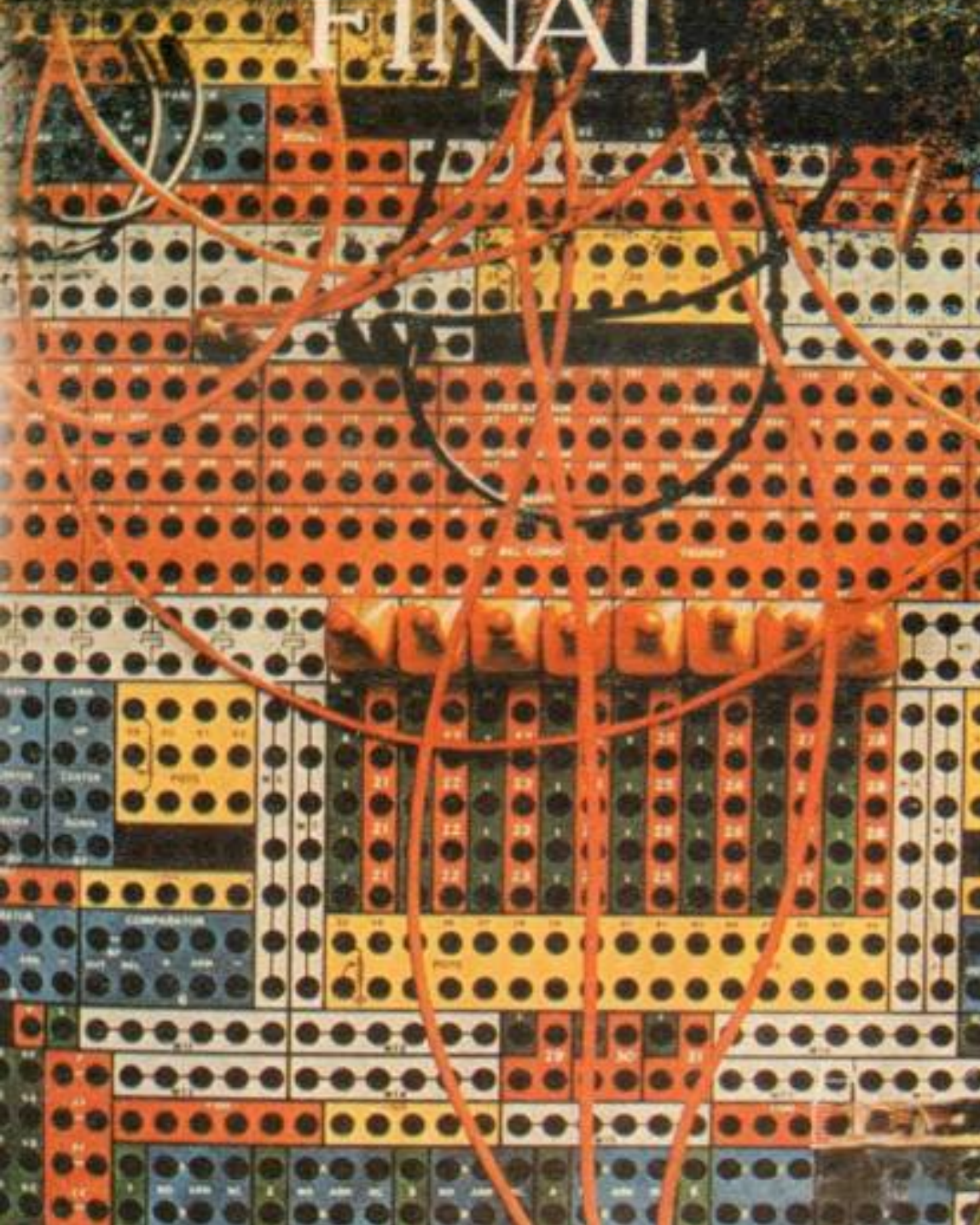


*Manuel de Pedrolo*

# TRAYECTO FINAL



El aficionado a la ciencia ficción está de enhorabuena. El autor, en un derroche de fantasía y de inspiración, le ofrece múltiple ocasión de disfrutar con los siete relatos que constituyen este volumen. Si por una parte es seguro que al lector le ha de saber a poco, por otra parte presenta el aliciente de que no podrá resistir la tentación de volver a leer, más de una vez, cada una de estas narraciones, y cada vez descubrirá nuevos aspectos insospechados, nuevos detalles emocionantes, aventuras, en fin, de la más bella factura.

## El censo total

A míster Franky tuve la ocasión de verle en tres lugares diferentes, y en dos de ellos me pareció que su presencia no tenía motivo alguno. El despacho de Park Drive ya existía cuando yo alquilé el contiguo hace siete años, poco antes del accidente que costó la vida a Moure, la mujer con la que iba a casarme. Siempre me causó extrañeza aquel rótulo en letras negras y discretas sobre la puerta de vidrio mate, que decía: PROSPECCIONES EN ARENA. También era curioso el hecho de que, hasta el límite que me permitió mi observación, entraran y salieran siempre de allí las mismas personas, un grupo de empleados jóvenes, chicos y chicas de aspecto enfermizo, tan pálidos que parecían haber reñido con el sol; en cuanto a clientes, nunca tropecé con ninguno. Por otra parte, era una oficina perfectamente silenciosa, en la que nunca se oía el menor tecleo, a pesar de que, según me constaba, tenían máquinas de escribir, calculadoras, e incluso un ordenador. Lo supe el día en que se les estropeó y el operario que había de repararlo se equivocó de puerta.

A míster Franky, un hombre de complexión gelatinosa y cutis lechoso, casi transparente, lo conocí en el ascensor y un día, cuando llevábamos algún tiempo coincidiendo en él con cierta frecuencia y nos habíamos presentado mutuamente, me atreví a preguntarle:

—¿Qué es eso de las prospecciones en arena?

—Investigamos las posibilidades auríferas de determinadas arenas por cuenta de los clientes que nos lo piden  
—me contestó con aparente franqueza.

—¡Ah! Y esto, ¿es rentable?

—Para la agencia, sí —reconoció con la misma simplicidad—. Trabajamos a cambio de unos honorarios y, si los resultados son positivos, se cobra una comisión.

—¿Y todavía queda gente que se interesa por esta clase de prospecciones?

—Más de la que pueda imaginar —respondió sonriendo.

Tal vez sí, pero yo seguía considerando aquello extraño. Tampoco era muy normal que, en la guía telefónica, no figurase ningún número a nombre de la empresa.

Fue más adelante cuando, a una distancia de tres semanas de una a otra oportunidad, vi a míster Franky en Daliana y en Ofense, lugares a los que me había llevado mi trabajo de representante. En Daliana, acababa de detenerme cerca de un semáforo en rojo cuando él salió de una casa baja, planta y piso, de ladrillo, cuya placa metálica informaba de que allí tenía sus oficinas la Sociedad de Estudios Orales. En Ofense, en cambio, le sorprendí en el momento de entrar en el edificio que albergaba las Aguas Marítimas, S.A., al otro lado de la calle del restaurante en que yo comía.

Me pareció que entre los estudios orales, fueran lo que fuesen éstos, y las prospecciones en arena no podía haber nada en común. La relación era más evidente con un nombre como aguas marítimas, pero en este caso había otra pega: en Ofense no había mar y la costa más cercana se encontraba a sus buenos mil doscientos kilómetros de la localidad.

Era tanta mi curiosidad que prolongué mi estancia en el restaurante hasta que el hombre salió de la casa, y entonces, cuando hubo desaparecido en su coche, un artefacto desvencijado que nunca le había visto en Drive, atravesé la calzada en dirección a la oficina.

Había en ella un vestíbulo, con una muchacha de cara desdeñosa y amarillenta, sentada detrás de una mesita so-

bre la cual se veían solamente un teléfono y un jarro con cuatro flores moradas y medio marchitas. Las visitas no debían de ser muy corrientes, porque abrió unos ojos muy sorprendidos antes de brindarme una sonrisa forzada de sus labios exangües.

—¿El señor Franky? —pregunté.

Se mostró todavía más desconcertada e incluso se ruborizó ligeramente, como si le hubiera hecho una pregunta demasiado íntima.

—¿El señor Franky?

—Sí —insistí—. Teníamos que encontrarnos en el bar Xalca, pero de eso hace ya más de una hora. He supuesto que tal vez le hubiera entretenido algo...

—No, se ha marchado ya —reconoció entonces—. Hace poco.

—Está bien..., ¿y no ha de volver?

—Sólo viene los días de inspección.

—Comprendo... Gracias.

Mi curiosidad iba en aumento y, al cabo de diez días, al regresar a Daliana, repetí la maniobra en la Sociedad de Estudios Orales. Había allí un mostrador y un empleado de facciones anémicas y ojos descoloridos que salió de algún lugar del interior, al oír el timbre de la puerta.

—¿El señor Franky?

El jovenzuelo acentuó su expresión de pescado ya pasado y denegó con la cabeza.

—No, aquí no. Creo que usted se equivoca.

—El inspector —me aventuré.

—¡Ah, sí! En un primer momento... —se excusó a medias—. Pero no ha de volver hasta el miércoles.

Me hice el loco:

—¿El miércoles? ¿Acaso no es hoy?

—¡No, no! Hoy es lunes.

Y los dos consultamos un calendario de pie, arrinconado en un extremo del pequeño mostrador.

—Bueno —comenté riendo—, parece ser que he adelantado un par de días, ¿no cree?

Me entendió, y también se echó a reír.

De vuelta a casa, volví a decirme que aquello no tenía pies ni cabeza. ¿Inspector? ¿Y de unas sociedades con unos objetivos en principio tan diferentes? Sólo una cosa las vinculaba, y era que, según los rótulos, las tres realizaban unas actividades muy poco normales. Claro que ello no era de mi incumbencia, pero excitaba mi curiosidad, ¡qué diantre!

No obstante, probablemente no hubiera tomado ninguna decisión si a los tres días no hubiera visto por casualidad, en el momento en que salía de mi despacho, a cuatro hombres de aspecto robusto que introducían no sin esfuerzo, puesto que debían pesar lo suyo, dos enormes archivadores metálicos que casi no pasaban por la puerta, alta como era ésta. En el interior, una joven que me resultaba familiar, ya que alguna vez habíamos coincidido en el ascensor al ir a trabajar por la mañana, esperaba junto al dintel de otra puerta abierta, ante una habitación en la que se apilaban paquetes compactos de algo que debía de ser impresos o tarjetas. No pude evitar el preguntarme para qué diablos necesitaban todo aquello. Había una desproporción clarísima entre un negocio que forzosamente había de tener pocos clientes y la capacidad de aquellos archivadores o la cantidad de fichas acumuladas. Aquel material correspondía a una empresa de ámbito prácticamente mundial. Y Prospecciones en Arena no podía serlo.

No sé si fue en aquel mismo momento o más tarde cuando empezó a aguijonearme la tentación de investigar algo más a fondo. Sea como fuere, al anochecer ya había sucumbido a ella. Entraría en la oficina.

El local no disponía de ninguna protección especial. No había sistemas de alarma y la puerta sólo tenía dos cerraduras corrientes, como todas las del edificio, una construcción

de quince plantas que reunía unos ciento cuarenta despachos de empresas comerciales, médicos, abogados, consultores matrimoniales, sectas religiosas minoritarias, etc. Sin embargo, entré por la ventana del patio, lindante con la mía, y, puesto que no quería que nadie se enterase de mi intrusión, una vez dentro volví a clavar los ganchos que habían saltado al apalancarlos; con ello me aseguraba poder cerrarla nuevamente al salir.

En seguida comprendí por qué no se oía nunca el menor ruido: todas las habitaciones estaban insonorizadas. Había un despacho pequeño, que debía de ser el de mister Franky, la habitación del ordenador, una sala grande con unas quince mesitas, todas ellas con la correspondiente máquina de escribir, y cinco cuartos repletos de archivadores que llegaban hasta el techo. Era un local mucho más espacioso de lo que yo había imaginado, porque yo no sabía que ocupaba la zona trasera respecto al mío y otros cuatro; de hecho, era el equivalente de siete despachos.

Abrí un fichero, al azar. Extraje de él una cartulina en la que había un nombre seguido por dos fechas con una indicación de ciudad y, debajo, otros varios nombres precedidos por la abreviatura Cl. Todos ellos eran muy diferentes del nombre titular y, excepto el último, al que sólo acompañaba una cifra, los otros tenían también dos. A los cinco minutos había comprobado ya, que todas las tarjetas obedecían a la misma norma.

No podía comprenderlo. Si eran nombres de clientes, con las referencias que éstos debían haber dado, ¿por qué en ningún lugar figuraba una dirección, unas siglas o un nombre comercial, ninguna indicación profesional? Por otra parte, los números que acompañaban a los nombres hacían pensar, por su disposición, en fechas de nacimiento, de defunción... Lo más sorprendente de todo, sin embargo, era la cantidad de fichas. Si todos aquellos archivadores estaban llenos, en ellos cabían cien veces todos los habitantes de Drive...

Al pasar este pensamiento por mi mente, busqué mi ficha. Estaba en el lugar que le correspondía, hacia el final de la efe. Leí, aterrado:

FUTH, John (Palissade, 1946- )  
Cl. Cleland, James (Londres, 1902 - Venecia, 1945)  
Cl. Rodera, Ramón (Sueca, 1837 - Barcelona, 1902)  
Cl. Ribaux, Jacques (Marsella, 1781 - Marsella, 1836)  
Cl. Moriot, Pierre (El Havre, 1707 - Lyon, 1779)

Hasta entonces no advertí que todas estas cifras se referían a fechas anteriores, o sea que iban retrocediendo en el tiempo. Y las que seguían, que eran muchas, se hundían todavía más en él. La primera inscripción, cronológicamente hablando, era del siglo VIII.

Busqué inmediatamente la ficha de Cleland, James. Era idéntica, con la única excepción de que en ella era éste el nombre escrito con mayúsculas. Los otros, que fui localizando, se repetían. Todo, empezando por aquella sucesión de fechas, apuntaba a una idea: la de que todos nosotros —yo, Cleland, Rodera, Ribaux, etc.— éramos la misma persona; poco tiempo después de desaparecida una, a veces antes de que transcurriera un año, aparecía la otra. ¡Hacía, pues, doce siglos que yo vivía!

Tuve que sentarme en el suelo, porque la cabeza me daba vueltas. Si lo que sospechaba era cierto, siempre vivían las mismas personas. Cambiaban los nombres, los lugares de nacimiento, pero las personas se repetían de una u otra manera; de no ser así, aquel archivo no tenía sentido. Las mismas personas y, de año en año, algunas más, reflexioné. Por este motivo había una fecha inicial. Continuamente aparecían criaturas nuevas y, a partir de aquel momento, perduraban. Pero si había un momento inicial, también podía haber otro final...

Removí centenares de fichas, siempre al azar, antes de encontrar una cuya primera (o última) inscripción indicaba:



1917-1926. Por lo tanto, hacía unos cincuenta años que no regresaba... Después encontré otras por el estilo, pocas, tal vez un par de docenas. Bastaban para comprobar que el retorno no era inevitable.

Casi a las seis, cuando sólo faltaba media hora para que amaneciera y cuando debía yo llevar ya casi cinco en las oficinas de Prospecciones en Arena, vi la ficha que correspondía a Moure. Sobre su nombre, con las fechas exactas del nacimiento y la muerte que yo sabía, había otra: Ordaña, Ruth (Nueva York, 1968). Tenía, pues, seis años.

Pasé la mañana aturdido; la tarde y buena parte de la noche las dediqué a beber, con gran disgusto de mi madre, que veía en ello una recaída en la depresión que me produjo la muerte de Moure, cuando estuve borracho ocho días, y la mañana siguiente, al despertarme con una lengua tan saburrosa que ni siquiera podía moverla, me dije que aquello no podía ser. Simplemente, era obra de locos. Incluso si admitía la posibilidad de una reencarnación, en la forma que fuese, ¿cómo se explicaba la existencia de un organismo encargado (¿por quién?) de llevar al día un fichero de todos esos cambios? ¿De dónde sacaban la información? No estaba al alcance de ninguna persona corriente...

Hice un alto. Acababa de pensar: persona corriente. Pero, ¿lo eran aquellos chicos y chicas que trabajaban en la agencia? Y el propio míster Franky... Siempre lo había tenido ante mis ojos pero hasta entonces no caí en ello: todos se parecían. Y se parecían también a la muchacha que había visto en Ofense y al joven que me recibió en Daliana. Todos eran pálidos, de apariencia fofa, con unos ojos aguados y una complexión anémica que los diferenciaba.

Me estremecí. ¿De dónde procedían? ¿Qué se proponían? ¿Quién les había encargado aquel trabajo? ¡Y un trabajo a escala mundial! Porque ahora todo se me aclaraba. La Sociedad de Estudios Orales y Aguas Marítimas, S.A.,

eran sucursales. Y debía de haber otras, debía de haber una en cada ciudad importante, y otras que tal vez recopilaban los datos de comarcas enteras con sus pueblos, sus aldeas, sus casonas rurales... ¡Existía un archivo universal de todos los vivientes desde el origen del mundo, de la humanidad!

Volví a emborracharme, naturalmente, pero, al serenarme de nuevo, nada había cambiado. Había visto el archivo de Drive, mi ciudad, había encontrado mi nombre, el nombre de Moure... ¡Moure! Esto podía comprobarlo. Ahora se llamaba Ruth Ordalia y vivía en Nueva York.

Efectué el viaje en tren y a los dos días me apeé en la Estación Central. Era demasiado tarde para ir a la oficina del Registro, pero la mañana siguiente, a las diez, ya tenía el certificado de nacimiento, con la dirección. Era en Harlem, cosa que no me sorprendió. El nombre ya me había hecho prever que Ruth fuese negra.

El taxi me dejó delante de una casa que sólo se sostenía gracias a la presencia de las casas contiguas; entre todas conseguían lo que ninguna de ellas hubiera podido hacer por sí sola: seguir en pie. Y la gente que había en las escaleras, dos hombres y una mujer que parecían viejos sin serlo, eran inimaginables fuera de aquel callejón que, algo más arriba, desembocaba en una plazoleta en la que sólo quedaban las barras que habían sostenido trapecios, toboganes y otros juegos.

No pregunté nada, porque nadie me hubiera informado. Casi con toda seguridad, una niña de seis años, que ni siquiera debía ir a la escuela, estaría en el parque a esa hora. Pero no estaba. No llegó a él hasta casi el mediodía, cuando yo empezaba a decirme que no tendría más remedio que volver a la casa y hacer preguntas.

La reconocí en el acto. Aparentemente, era una cuarterona, ya que no tenía el color muy intenso y los rasgos eran caucásicos. De Moure conservaba la proporción casi clásica de las facciones y una expresión dulce que la recordaba a

unos ojos atentos, como lo eran los míos en aquel instante. Se acercaba poco a poco, no sin esfuerzo, porque la pierna izquierda, más delgada que la otra, estaba aprisionada en una estructura metálica que le llegaba hasta el pie, calzado con un zapato ortopédico. Sí, era una niña lisiada.

Esperé hasta que pasó delante del banco, reducido a dos listones, en el que me había sentado, y entonces la llamé:

—¡Moure!

Se detuvo, experimentó una vacilación que, después de todo, podía atribuirse a motivos físicos, y se volvió. Me miró, como para asegurarse de que era yo quien había hablado, y al ver que le sonreía me preguntó:

—¿Quién eres?

—John. Soy John, Moure.

Sus ojos cambiaron de expresión, como si profundizaran en algo que estuviera a punto de comprender sin conseguirlo del todo, pero en seguida mostró su extrañeza:

—¿Por qué me llamas Moure?

—Ya sé que eres Ruth —le dije.

—Sí.

Confiadamente, correspondió a mi ademán de alargarle la mano y sus deditos morenos y delicados reposaron entre los míos.

—¿Te conozco? —dijo.

—Sí, Ruth.

Yo no me había propuesto nada, pero ahora me la llevé, siempre cogida de la mano, a su casa. Su padre estaba ausente y nadie confiaba en que volviera; había abandonado a la esposa y a los cinco hijos, de los que Moure era la tercera.

Todo fue relativamente sencillo, pero las formalidades eran las formalidades y, hasta que transcurrió una semana, cuando las autoridades tuvieron suficientes elementos de

juicio para decidir que podían confiármela, puesto que en casa había una mujer, mi madre, que cuidaría de ella, no pude regresar a Drive. Ella, consultada por cuestión formularia, había dicho de inmediato:

—Sí, quiero irme con John.

Y me miraba con sus ojos cálidos y trémulos, esperanzados, que seguían buscando una respuesta que nunca encontraría.

Exactamente como yo. Pues el día siguiente, al ir a la oficina, el rótulo de Prospecciones en Arena ya no estaba, y al preguntar a los porteros, el de noche y el de día, supe que míster Franky y su gente se habían marchado hacía ya tres días. No, no habían dejado ninguna dirección. Decidí que, a pesar de mis precauciones, algún que otro detalle les reveló el paso de un intruso por el local y, antes de exponerse a unas investigaciones que debían creer inevitables, habían preferido emigrar.

También se habían esfumado la Sociedad de Estudios Orales y Aguas Marítimas, S.A. Pude convencerme al respecto cuando fui a Daliana y a Ofense la semana siguiente. Pero no habían cesado en sus actividades, de eso estaba yo seguro. En un lugar u otro, bajo un nombre diferente, míster Franky y sus anémicos colaboradores seguían trabajando en el fichero universal. Por esta razón, vaya donde vaya yo actualmente, siempre miro las placas comerciales de los edificios. Tal vez un día encuentre una que me resulte especialmente extraña...

## Un mundo distante y vecino

Delante del edificio, Alida duda, sin saber si se ha equivocado o no. Es una casa de vecinos, desconchada y sucia, con la puerta de la calle colgando de un gozne y una entrada en la que ya no queda ni una losa entera. Un profundo pasillo se aleja, junto a la escalera, hacia una mancha de luz que en esa hora, media tarde, no aclara nada.

Abre el portamonedas y lee de nuevo el anuncio que unas horas antes ha recortado en el diario: JOVEN SOLA, HUÉRFANA, BUENA MECANÓGRAFA Y CON UN CONOCIMIENTO PERFECTO DEL FRANCÉS Y DEL INGLÉS. SUELDO INMEJORABLE. PRESENTARSE EN STRADELLA DI SPARVIERE, 6. Sí, la dirección es ésta, en los bajos.

Comprende que, a pesar de las promesas, no haya ninguna otra chica. Nadie que tenga el negocio en un lugar tan miserable puede pagar un buen sueldo. Por consiguiente, todas las candidatas deben de haber dado media vuelta apenas echar una ojeada al edificio.

Y también lo haría ella si no poseyera un espíritu inquisitivo que, sin que se dé cuenta, la impulsa hacia adelante, por el pasillo, con ganas de saber qué debe entender por sueldo inmejorable la persona, hombre o mujer, que ha redactado el anuncio. Un anuncio que, por otra parte, ya la ha intrigado al leerlo. ¿Por qué la joven ha de ser huérfana?

La mancha luminosa corresponde a un patio interior, alargado y estrecho, también enlosado, donde sólo hay, casi en medio, una escalera de tijera, abierta. En el otro extremo, la pared del local bajo que lo continúa tiene una venta-

na enrejada con barrotes torcidos y cubiertos de óxido, y una puerta en la que, con chinchetas, han clavado una tarjeta: «Pietro Rambla».

La recibe él mismo. Es un joven alto, de unos treinta años y aspecto agradable, vestido con un jersey grueso, impropio de la estación, y que habla con un acento extraño, inidentificable, pero con una gran corrección gramatical. Hace que atraviese ella un local tan estrecho como el patio, con el suelo entarimado y amueblado con una mesa escritorio, una mesita con una máquina de escribir, una silla y un armario ventrudo, todo ello tan viejo y deteriorado, excepto la máquina, que es nueva, como el edificio.

Sin embargo, lo que más llama la atención es la gran cantidad de diarios y revistas que se apilan por doquier.

En el despacho interior, donde la hace pasar, hay otra mesa, un mueble auxiliar con múltiples cajones, dos sillas y más revistas y periódicos. Es una habitación sin aberturas de ninguna clase, pero hay en el techo una claraboya que, en pleno día, debe permitir trabajar con luz natural.

—¿Italiana? —pregunta el joven.

—Sí.

—¿Y conoce bien el inglés y el francés?

—Mi madre era inglesa y he vivido siete años en Francia. Escribo normalmente ambos idiomas.

Él asiente con una expresión de seriedad en sus ojos melancólicos, más benévolo que graves, que le dan un aspecto simpático.

—Aquí —explica— no tendría que escribir nada en ninguno de estos idiomas; tendría que traducir textos al italiano. ¿Puede hacerlo?

La muchacha se ríe.

—¡Si es lo que hago ahora! Traduzco para una editorial.

—¿Y por qué quiere usted dejarlo? Me parece interesante...

—Es inseguro. Y usted habla de un sueldo inmejorable.

Sin embargo, el joven todavía no se compromete y sigue preguntando:

—Debo entender que no tiene padres, ¿es así?

—No, los dos han muerto. Y yo era hija única. Tampoco estoy casada.

—De acuerdo... —Se inclina levemente hacia adelante y, casi avergonzado, dice—: ¿Le importaría que le hiciera una prueba?

—¿Ahora?

—Sí. Me traducirá un artículo.

Alida le mira sonriendo:

—Pero si todavía no hemos hablado de la remuneración...

—¡Ah, sí! Quinientas mil liras. Mensuales.

La muchacha se envara.

—¿Y sólo tengo que traducir?

—Sí.

—¿Está seguro?

Él sonríe por primera vez y se levanta.

—Venga. Le daré el artículo.

Eran ocho horas de trabajo, cinco días cada semana, en la soledad del despacho exterior. Pietro Rambla pasaba muchas horas fuera, al parecer persiguiendo diarios y revistas extranjeros, en francés y en inglés, por los quioscos de la ciudad. El resto del tiempo lo dedicaba a elegir y señalar con lápiz rojo los artículos que ella había de traducir. Exigía dos copias, pero Alida no sabía qué hacía con ellas, a quién o a qué las destinaba. Jamás le confiaba una carta y no recibían ninguna correspondencia. Tampoco les visitaba nadie y no parecía que el joven tuviera ninguna clase de relación, personal o de negocios.

Mostraba siempre una corrección absoluta, aunque ella notó que lo atraía; tenía un carácter agradable y, después de aquel primer día que la contrató, nunca había vuelto a